

MOMENTOS FILOSÓFICOS MAGISTRALES

Javier Echeverría

1. *Primer apunte biográfico: la filosofía como asignatura.*

Antes de abordar el tema propuesto para esta mesa de diálogo evocaré dos recuerdos personales sobre la asignatura de Filosofía en Bachillerato: uno no magistral y otro magistral.

Ambos ocurrieron en el colegio del Pilar de Madrid, donde estudié desde los doce años. En sexto curso estudié Filosofía por primera vez. Nuestro profesor fue un sacerdote marianista, más filomariano que filósofo. A lo largo del curso nos intentó inculcar su amor a la Virgen. En mi caso, ya había dejado de creer en el dogma de la Inmaculada Concepción. Me aprendí de memoria lo que había en el libro de texto que usábamos y podía tocar en el examen. Utilizábamos un libro titulado "Filosofía", sin más, que había sido escrito por dos marianistas, E. Benlloch Ibarra y C. Tejedor Campomanes. Lo publicó en 1963 Ediciones S.M, que pertenecía a la Sociedad de María. En portada consta que esa obra había sido aprobada por el Ministerio de Educación Nacional el 11 de julio de 1961. Se adecuaba capítulo por capítulo al Cuestionario Oficial del Plan 1957 e incluía 39 temas. Era un libro de filosofía sistemática, claramente escolástica. Las encíclicas de los Papas eran citadas frecuentemente: aportaban una primera forma de magisterio filosófico, aunque a lo largo del libro primaba en todo momento el magisterio divino, es decir la revelación. Conservo el ejemplar que estudié y podría comentar cien detalles. Me limitaré a uno, que aparece en la Lección 36, que tiene siete páginas y versa sobre el Estado. Hay un apartado sobre el origen del poder, en el que se mencionan tres teorías: la del Derecho divino, la teoría de la soberanía popular y, finalmente, "la teoría verdadera: origen divino del poder" (o.c., p. 290). Dicha teoría se opone a la "teoría de la

soberanía popular”, según la cual “el poder reside en el pueblo, que lo cede al gobernante” (*Ibid.*, p. 289). Rousseau y Hobbes son mencionados muy brevemente como promotores de dicha teoría. Pues bien, para argumentar a favor de la “teoría verdadera” se citan únicamente dos encíclicas de León XIII, quien fue taxativo: “el derecho a mandar se deriva de Dios, como de su principio natural y necesario” (*Ibid.*, p. 290, encíclica *Diuturnum*). Me aprendí de memoria las teorías verdaderas de las 39 lecciones y saqué sobresaliente en el examen. Tuve claro que me estaban adoctrinando, y me sometí a ello: pero sin reconocer magisterio alguno en Filosofía. Para mí fue una asignatura más, que tenía que aprobar con nota por imperativo materno. Nada más. Ni en casa ni fuera me había hablado nadie de filosofía. Fue un momento no magistral, en el que aprendí a aprobar.

Paso a evocar con más detalle el momento magistral. No lo he olvidado. Fue lo que me llevó a matricularme en septiembre de 1965 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense. Desde niño había tenido facilidad por las matemáticas. Al terminar el Bachillerato Elemental opté por un Bachillerato de Ciencias. Tenía pensado *hacer la carrera de Matemáticas Puras*, como entonces se decía. Estudiar era el modo de hacer carrera, al menos en mi familia. En aquel colegio me habían enseñado la aritmética y la geometría de Euclides. Era lo que había que aprender en España en la época de Franco. En 1964-65 hice el curso Preuniversitario y el profesor de matemáticas nos introdujo por primera vez en la teoría de conjuntos. Los axiomas de Euclides fueron reemplazados por la axiomática de Zermelo-Fraenkel. Mi pasión por las matemáticas aumentó y me ratifiqué en la decisión de matricularme en la licenciatura de Matemáticas, renunciando a otras ideas que me rondaban por la cabeza. Ocurrió además que el profesor de matemáticas, que era seglar, aludió de pasada a un matemático llamado Cantor y a un filósofo de nombre Russell. Ambos habían descubierto paradojas lógicas en la teoría de conjuntos, pese a la aparente evidencia de sus axiomas, los cuales

“eran de sentido común”. Mis profesores nunca citaron a Balmes, porque el Evangelio y el Papa bastaban, pero yo había sido educado en el estricto respeto al sentido común, sobre el que luego leí que era el menos común de los sentidos. Aparte de las demostraciones matemáticas, me gustaba mucho leer libros, tanto de literatura como de teatro y ensayo. Fui a la librería Bucholz, que estaba ubicada muy cerca de mi colegio, en la calle Lista (luego Ortega y Gasset). Me compré dos o tres libros sobre paradojas de la teoría de conjuntos. Los conservo. Me enteré de que dichas paradojas habían sido un tema clave en la filosofía de las matemáticas de principios del siglo XX. Entre las diversas cuestiones que abordaban aquellos libros de divulgación estaba la demostración de Georg Cantor, según la cual el conjunto de los números naturales (\mathbb{N}) y el conjunto de los números racionales (\mathbb{Q}) son biunívocos entre sí. Mediante su método diagonal, que me pareció ingeniosísimo, Cantor había definido una función tal que a cada número natural le hacía corresponder un único número racional, y recíprocamente. La demostración era sorprendente, pero irrefutable. Eso sí: ponía en cuestión al sentido común, que muestra claramente que hay muchísimos más números racionales que naturales. ¿Acaso hay varios infinitos, y no uno solo? ¿Acaso hay más de un dios? Resultaba además que el tal Cantor dio el paso onto-teológico de distinguir diferentes tipos de infinitud y publicó su teoría de los números transfinitos dentro de la teoría de conjuntos. Sus propuestas me interesaron profundamente.

Este fue el primer momento filosófico magistral que he vivido. No me lo aportó profesor ni maestro alguno, sino un libro que yo mismo había encontrado en una librería, a base de ojear. El momento de sorpresa y estupor surgió cuando leí las dos demostraciones de Cantor: la del método diagonal y la de la inconmensurabilidad entre los números racionales y los reales. Había aprendido que no todo lo real es racional, al menos en matemáticas. Y nunca he olvidado lo que el propio Cantor escribió sobre su demostración: “lo veo y no lo creo”. Los transfinitos no eran

nada común. Fueron una invención matemática que transformó radicalmente la noción de infinito. Y la de continuo.

2. *Segundo momento no magistral: la licenciatura de Filosofía en la Complutense.*

Me decidí a estudiar Filosofía y Matemáticas a la vez, y me matriculé en las dos carreras. Había superado las pruebas de Selectividad con calificación alta y para inscribirme en la Facultad de Matemáticas usé un certificado, mientras que en la de Filosofía y Letras presenté mi papeleta de examen firmada por el Tribunal. Iba a la Facultad de Ciencias por la mañana y a la de Letras por la tarde. Los horarios cuadraban. A partir de las ocho de la tarde jugaba en mi club de ajedrez. Los dos primeros cursos en la licenciatura de Filosofía tenían la denominación de *Comunes* y la asignatura que más me podía interesar, al menos en principio, se denominaba "Fundamentos de Filosofía". En ningún momento hubo alusiones a la cuestión de los fundamentos de la matemática, ni a su crisis a finales del XIX y principios del XX, de la cual yo tenía noticia por mis lecturas extra-escolares de Preuniversitario. Lo que nos enseñaban era que la verdadera filosofía no había sufrido crisis alguna desde tiempos de Santo Tomás de Aquino. Tan solo en la asignatura de "Filosofía de la Naturaleza", de tercer curso, impartida por Roberto Saumells, se abordó algo la cuestión de las paradojas en lógica matemática y en teoría de conjuntos. Tuve buena relación con el Prof. Saumells. Fue mi director de Tesina y Tesis. Era un gran experto en Bergson y en Bachelard. Me prestó algunos libros sobre historia de las matemáticas. Esas ciencias no eran las suyas. Prefería la Física y la Biología. En aquella época, los libros estaban guardados con llave en los estantes del despacho de cada Catedrático. Para leerlos había que pedírselos al profesor de la asignatura, no a la biblioteca de la Facultad.

Indagué en la Facultad de Matemáticas, sin éxito. El único que en segundo curso parecía saber algo sobre lógica matemática era yo mismo. Para entonces me había leído por mi cuenta los libros

de Ferrater Mora y de Sacristán, además de otras obras de divulgación. Incluso empecé a leer algún libro en inglés, que encargué en Bucholz. Me enteré de que Gödel había demostrado la indecidibilidad del cálculo lógico de primer orden y, en cuarto o quinto curso, de que Cohen acababa de demostrar que la hipótesis del continuo, que tenía que ver directamente con los transfinitos de Cantor, también era indecidible. Hablé con tres Catedráticos de la Facultad de Matemáticas para ver si alguno estaba dispuesto a dirigirme una tesis doctoral sobre dicha hipótesis del continuo. Las respuestas fueron negativas. Ningún matemático español se ocupaba de esas cuestiones. Me aconsejaron no hacer una tesis sobre esos temas, si quería hacer carrera como matemático. Menos mal que en la Facultad de Filosofía había tenido Sobresaliente con Saumells. Le informé del asunto, que él desconocía, y aceptó dirigirme una tesina de licenciatura sobre "El continuo en Cantor". Eso sí: me aconsejó que recurriese lo menos posible a los formalismos lógicos o matemáticos. El Tribunal que tendría que examinar mi Tesina no usaba esos simbolismos. Aprendí que para obtener el Grado de Licenciado había que saber ser pragmático.

Ni mi tesina ni mi tesis doctoral en la Facultad de Filosofía de la Complutense generaron momentos filosóficos magistrales, sin perjuicio de que sigo estando muy agradecido a Don Roberto Saumells por la acogida y el apoyo que siempre me dio. Entre tanto, en tercero y cuarto de carrera, cursos 1967-68 y 1968-69, sí se produjeron algunos momentos filosóficos memorables para mí, los cuales siguieron siendo *no magistrales*. Por aquel entonces, todo hay que decirlo, yo ya había renunciado al sentido común y había optado por el lema de mayo del 68: *Ni Dieu ni Maître*.

Resumo brevemente lo que ocurrió durante esos dos cursos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Complutense. Habíamos pasado los dos cursos comunes y en octubre de 1967 iniciábamos la especialidad de Filosofía Pura, como entonces se decía. En mayo de 1965 algunos catedráticos de dicha Facultad habían encabezado

una manifestación de estudiantes contra el SEU (Sindicato franquista de estudiantes universitarios). El Gobierno de Franco los expulsó de sus respectivas Cátedras en junio de 1965, tres meses antes de que yo me matriculase. Eran García Calvo, López Aranguren, Montero Díaz y Tierno Galván. Mi querido amigo Javier Muguerza ha afirmado varias veces que Aranguren fue su maestro en Filosofía. Otros conocieron el magisterio de García Calvo y de Tierno Galván, hay constancia de ello. Yo no tuve suerte. Ninguno de los tres me dio clase alguna. Ocurrió lo opuesto, a saber: quienes les reemplazaron como profesores en las aulas fueron fieles seguidores de la neoescolástica entonces dominante en aquella Facultad. Hubo la excepción de Muguerza durante seis meses, mientras se tramitaba el expediente contra Aranguren. Pero a mí no me tocó, yo estaba en Comunes. Cuando se confirmó la expulsión definitiva Muguerza dimitió y abandonó para siempre la Complutense, dada la anomia moral y falta de solidaridad de los Catedráticos y profesores de entonces con los colegas expulsados. Adquirió gran prestigio entre los estudiantes.

Nosotros vivimos aquella situación de no-maestros de una manera que voy a calificar de *discolástica*. Éramos políticamente díscolos, por una parte. Nos oponíamos frontalmente a la escolástica entonces vigente, por la otra. De hecho, en la primavera de 1968, tras diversas manifestaciones contra el régimen de Franco, que dieron lugar a la declaración de un primer Estado de Excepción en la Complutense, acordamos en Asamblea dejar de acudir a las clases oficiales y aprender filosofía por nuestra cuenta. Leíamos y comentábamos libros de pensadores como Adorno, Horkheimer o Sartre, además de algunas obras de los profesores expulsados. En el curso de 1967-68, sabiendo mis compañeros de Filosofía que yo estudiaba matemáticas en la Facultad de enfrente, me pidieron que diese un pequeño seminario sobre lógica matemática, cosa que hice, con la ayuda de Mary Sol de Mora, quien también estudiaba filosofía y matemáticas a la vez, lo cual nos hizo cómplices en ambas Facultades.

Pero la *reforma crítica*, como se llamó a esa huelga activa estudiantil basada en un aprendizaje sin profesores, dio un paso radical durante el curso 68-69. La contestación social y política al régimen de Franco creció, vino un segundo Estado de Excepción y los estudiantes de Filosofía, ni cortos ni perezosos, decidimos poner en práctica un gesto simbólico: ir a los despachos de algunos profesores e invitarlos cortésmente a abandonar la Facultad. Lo hicimos. Fue mi segundo momento filosóficamente memorable, de nuevo sin maestros. Maestras no había, vuelvo a resaltarlo. Salvo entre nuestras propias compañeras de estudios, varias de las cuales fueron luego profesoras e incluso Catedráticas de Filosofía en diversas universidades españolas. No hay que olvidar que el movimiento estudiantil que hubo en la Universidad Complutense de Madrid también cobró fuerza en otras universidades españolas con Facultades de Filosofía (Barcelona, Valencia, La Laguna...). No en todas ocurrió el momento filosóficamente magistral al que me estoy refiriendo, la discolástica, es decir: renunciar a magisterio profesoral alguno para aprender filosofía colectiva y dialógicamente, optando por la lectura y el comentario de libros como nueva praxis filosófica en las Facultades. En Matemáticas hacíamos algo similar, que no voy a relatar aquí.

Vistas las cosas *a posteriori*, en la Facultad de Filosofía de la Complutense repetí mi experiencia de Bachillerato: aprender filosofía sin maestros. O para ser más preciso: sin maestros vivos. En ambas ocasiones descubrí que hay *maestros filosóficos muertos*, a cuyo magisterio se puede acceder a través de la lectura, incluida la transcripción y edición de sus escritos inéditos, como hice años después. En "La idea de principio en Leibniz", Ortega expresó muy bien la idea del magisterio filosófico *post mortem*:

"La filosofía no es un decir a otro, sino un decirse a sí mismo. No es faena de sociedad, sino menester de soledad. La filosofía es una especie de robinsonismo. Lo específico

estriba en que el Robinson filosófico no vive en una isla desierta, sino en una <<isla desertada>>, cuyos habitantes anteriores han muerto todos. Es la Isla de los Muertos: de los filósofos muertos, únicos compañeros de que la filosofía, en su soledad, ha menester y con quienes trato” (Ortega 2021, p. 125).

3. *Momentos filosóficos magistrales en París y Hannover.*

Tras leer mi tesina sobre Cantor (1971) y doctorarme en la Facultad de Filosofía de la Complutense con una tesis sobre historia y filosofía de las matemáticas (1975), en la que me ocupé por primera vez del *Analysis Situs* de Leibniz, todavía mantenía la ilusión de conocer maestros vivos, fuese en filosofía o en matemáticas. Me trasladé a París con una beca postdoctoral del Ministerio, que me consiguió Saumells. Me inscribí en Tercer Ciclo de la Universidad París I (Panthéon-Sorbonne) y en esa ciudad conocí personalmente a grandes pensadores que han sido maestros para muchos: Agustín García Calvo, Gilles Deleuze, Michel Foucault, Víctor Gómez Pin, Jacques Lacan, Jean-François Lyotard, Michel Serres, René Taton y Jules Vuillemin, por ejemplo. Mi amigo Ferrán Lobo también me aportó momentos memorables. Fue un gran pensador. Todos ellos me interesaron y me parecieron admirables por diversos motivos. Sin embargo, ninguno llegó a ser un maestro filosófico para mí. Aprendí mucho de ellos y sigo leyéndoles, puesto que la mayoría han muerto. En esas relaciones parisinas viví varios momentos filosóficamente magistrales, ciertamente. He relatado el de Agustín Gacia Calvo en la noche del 20 de noviembre de 1975, tras la muerte de Franco, en un artículo titulado “¡Muera la muerte!”, que fue publicado en un libro colectivo que coordinaron José Lázaro y Fernando Savater en homenaje a Agustín, por ejemplo. Pero no llegué a apropiarme de ninguna de sus respectivas cosmovisiones, cosa que otros hicieron con pasión. Una cosa es entender el

pensamiento ajeno y otra hacerlo propio. Desde joven he mantenido el empeño de pensar por mí mismo y he estado a favor del libre pensamiento y de aprender libremente. Pero no creo en las relaciones magistrales con personas vivas en filosofía. Sigo siendo un discolástico.

Quien sí ha sido un gran maestro para mí, en el sentido ajedrecístico del término "gran maestro", es Leibniz. Así como se aprende a base de reproducir partidas de ajedrez que otros han jugado y publicado, así he aprendido de Leibniz, leyendo y transcribiendo sus manuscritos. Le leí a fondo por primera vez cuando traduje los *Nuevos Ensayos sobre el Entendimiento Humano* para Editora Nacional (verano de 1975). Hice ese trabajo por razones muy pedestres: me hacía falta dinero para ir a París el curso siguiente. Con lo que cobré por la traducción alquilé un apartamento para todo el curso 75-76 en el Passage Choiseul, al lado de la *Bibliothèque Nationale*, donde he vivido momentos muy intensos, por ejemplo cuando estuve en un pupitre al lado de Michel Foucault y le vi trabajar: era un investigador infatigable. Allí y en la *Landesbibliothek* de Hannover leí a fondo a Leibniz, en el segundo caso gracias a Albert Heinekamp, que me dejó solo en una gran sala con manuscritos, libros y artículos de y sobre Leibniz, publicados en todo el mundo. Jamás he podido estudiar a alguien en tan buenas condiciones. Su modo de pensar, razonar y dialogar me pareció admirable. Le conocí muy a fondo en Hannover, donde trabajé tres cursos enteros en el Leibniz-Archiv (1676-79) transcribiendo manuscritos inéditos suyos sobre la Característica Geométrica y el *Analysis Situs*, que fue el tema de mi Tesis de Estado en la Sorbona (1980).

En Hannover aprendí un nuevo oficio filosófico, el de transcriptor, sobre el cual quiero decir un par de cosas. Bien está escribir lo que uno piensa, se publique luego o no. Pero transcribir lo que un filósofo muerto dejó manuscrito e inédito es una acción filosófica de mucha mayor envergadura y complejidad que la autoría

propia. Esa acción filosófica, la de transcribir lo pensado por otro, no sólo suscita muy rigurosamente la cuestión de la verdad y la falsedad de lo transcrito, más allá de la semántica, sino que aporta un desafío profundamente ético, en el sentido leibniciano del término "ética", que va mucho más allá de la empatía: hay que ponerse en el lugar mental (y espiritual) del otro e *intentar pensar exactamente como él pensó*, y ello independientemente de acuerdos o desacuerdos sobre lo pensado. La operación de transcribir no es creativa ni interpretativa. Atañe más bien al ámbito de las *ciencias exactas*, puesto que hay que transcribir letra a letra y palabra por palabra, con toda exactitud. A lo largo de esa acción, por otra parte, resulta indispensable *suspender el juicio*, es decir, no entrar en cuestiones semánticas. Pura sintaxis y pura pragmática. Como si uno fuese un *scanner*. Esto que digo vale para los manuscritos matemáticos, con sus diversas notaciones, figuras, fórmulas, símbolos y subíndices. También se aplica a los escritos filosóficos, literarios, musicales o de otro tipo. A todo lo que pase por la mediación de la escritura.

Trabajando en Hannover sobre los manuscritos de Leibniz descubrí un mundo nuevo, el de la *Characteristica Universalis*, al que Leibniz se dedicó durante toda su vida. Me hice *filósofo de*, a saber: filósofo de Leibniz, lo cual no es lo mismo que hacerse leibniciano. Pude desarrollar a la vez mi interés por las ciencias y las letras, así como por algunas artes, incluidas las económicas y contables que yo practicaba en París y en Hannover, entre pesetas, francos y marcos, para llegar a fin de mes. Conocí lo magistral en Filosofía mediante mis lecturas y transcripciones de Leibniz durante esos tres cursos enteros. El arte de transcribir, en cuyo ejercicio sigo, últimamente con Ortega y Gasset, otro maestro muerto, me enseñó algo mucho más importante que la propia filosofía, a saber: el *Ars Inveniendi*, que vale para la filosofía, pero también para las matemáticas, las ciencias, las artes y las letras en general. Por no hablar del ajedrez, que dejé de practicar en 1974. He reflexionado sobre las escrituras y las invenciones muchas veces, últimamente

en *El Arte de Innovar* (2017). En ese libro me he atrevido incluso a proponer que la praxis filosófica sea entendida como una modalidad del arte de inventar e innovar. La filosofía no es la ciencia primera, *pace Aristóteles*. Pues bien, la filosofía discolástica a la que estoy aludiendo, sin maestros ni discípulos, aporta un nuevo modo de hacer filosofía. A ello me dedico, aunque siempre como *filósofo de*, es decir, partiendo de lo que otros han pensado, formulado, escrito o realizado, sean filósofos, matemáticos, científicos, escritores, artistas o amigos. Proponer nuevos conceptos, nuevos métodos o nuevos modos de hacer y de generar conocimiento es mi tarea, siempre a partir de lo que otros han aportado. Algunos filósofos corporalmente muertos están muy vivos para mí en tanto pensadores, mucho más que algunos presuntos intelectuales contemporáneos, por publicitados que estén. Las invenciones filosóficas no sólo surgen del diálogo. También del silencio.

Terminaré estas breves evocaciones autobiográficas mencionando otro momento magistral. Ocurrió el 10 de julio de 1980 y tuvo lugar en París, en un anfiteatro de la Sorbona. Presentaba yo mi Tesis de Estado para optar a ser *Docteur d'État-ès-Lettres et Sciences Humaines*. Mi trabajo estaba mecanografiado por mí mismo y constaba de dos gruesos volúmenes, con más de 300 páginas cada cual. El primero lo había escrito yo. El segundo volumen consistía en 42 manuscritos inéditos de Leibniz sobre la Característica Geométrica, tal y como él la había investigado en 1679 y 1680. El tribunal estuvo compuesto por Jean Toussaint Desanti, mi director de tesis en París, junto con Pierre Costabel, Michel Serres, René Taton e Yvon Belaval. Además de los dos volúmenes mecanografiados, yo llevaba en una voluminosa cartera las fotocopias de todos los manuscritos inéditos de Leibniz, por si en algún momento había que aclarar algún detalle sobre mis transcripciones. Por supuesto, iban incluidas las marcas y notas que el propio Leibniz añadía conforme releía lo escrito, así como las tachaduras, conforme a las normas de la edición de las *Obras Completas* de Leibniz. Dicha edición, para mí canónica, la emprendió

la Academia de Ciencias de Berlín tras la primera Guerra Mundial. A día de hoy ha llegado a 49 volúmenes. Quedan treinta más por publicar, como mínimo. Varias de mis transcripciones *sorbonnards* están siendo incluidas ahora mismo en dicha *Akademie-Ausgabe*, lo cual es un honor para mí.

Pues bien, justo antes de entrar en la sala donde iba a tener lugar el acto público, Belaval se acercó a saludarme y, con toda la finura y agudeza que le caracterizaba, me dijo lo siguiente, mirando a mi gran cartera: *Qu'est-ce que vous y emportez, le cadavre de Leibniz?*

Fue su primera lección magistral de aquella mañana. Breve y concisa, pero contundente. Me estaba diciendo que la mónada Leibniz está replegada en muchos de los documentos del *Leibniz-Archiv* y que quienes nos dedicamos a publicar sus inéditos vamos dando forma a su cadáver histórico, en el que sí reconozco un magisterio, pero no sólo filosófico, sino también matemático, científico y artístico, puesto que considero a Leibniz el gran artista de la teología natural moderna, junto con Spinoza. Mas luego entramos en la sala. El acto duró cinco horas. Yo expuse los resultados de mi tesis durante una hora. Luego hablaron Desanti, Costabel, Serres y Taton, a cuyos comentarios respondí uno por uno. Cerraba el acto Belaval, no en vano presidía el Jurado. Pues bien, me dio una lección magistral, enterita para mí, de una hora de duración, sobre la noción de individuo en Leibniz. Habló como un auténtico maestro. El tema de mi tesis era la Característica Geométrica, no el individuo, pero jamás entendí yo mejor la filosofía de Leibniz que oyendo a Belaval aquella mañana en la Sorbona. Tomé muchas notas de lo que dijo. No comenté nada, sólo agradecí su espléndido discurso magistral. Salí de la sala, volví a entrar y me dieron el Grado con la mención *Très Honorable*. Tuve el honor de escuchar una lección magistral individualizada y sobre la noción de individuo en Leibniz. Así aconteció. Fue un momento filosóficamente

muy magistral, con el que doy por terminada esta breve evocación autobiográfica.

4. *Inventar magisterios filosóficos.*

No estoy en contra de la existencia de maestros en filosofía. Pienso incluso que ha habido varios grandes maestros a lo largo de la historia, así como maestras, por lo general invisibilizadas. Leibniz es uno de ellos, sin duda. Pero la relación intersubjetiva maestro-discípulo es ante todo una cuestión psicológica y social, sobre todo cuando es una relación dual y apasionada. Entiendo lo magistral en filosofía como algo objetivo, que atañe ante todo al saber y al conocimiento, y solo subsidiariamente a las relaciones interpersonales. En el fondo, es un modo de organizar la práctica filosófica a lo largo del tiempo, por ejemplo mediante escuelas de pensamiento. Me parece bien que haya escuelas filosóficas, siempre que sean varias y no una sola. Muchas personas han tenido maestros y maestras en filosofía. En mi caso, ese don no me ha sido dado. Para hacer "*filosofía de*" me basta con tener como referencia temas, cuestiones y autores relevantes. La condición de gran maestro filosófico sólo la otorga la historia, no personas ni instituciones concretas.

Reconozco el gran magisterio filosófico de Leibniz, obviamente. Pero no es el único maestro en Filosofía. Sigo investigando sus escritos y su pensamiento, e incluso procuro aportar algo para que ese magisterio siga desarrollándose, en mi caso en lengua española. De hecho, ahora mismo, este verano, he empezado a escribir otro libro sobre él. Pero por suerte para mí somos muchas personas las que nos dedicamos a seguir construyendo el pensamiento y la figura de Leibniz en la historia. Algunas se considerarán leibnicianas, otras no. No hace falta creer en un maestro para que haya magisterio filosófico. Puedo estar, por ejemplo, en desacuerdo con Spinoza, o con Hegel, pero reconozco plenamente su magisterio como pensadores. Objetivamente son maestros, subjetivamente no. Precisamente por eso afirmo el

pluralismo en filosofía, frente a muchos creyentes en el monismo, que siguen a la búsqueda de un presunto sistema filosófico verdadero, al cual adscribirse fielmente.

Mi postura es clara: son maestros en filosofía quienes innovan filosóficamente. Y la innovación va más allá de la invención, porque requiere una difusión amplia de las ideas innovadoras, eventualmente en varias lenguas, no sólo en la propia. Por eso es importante transcribir, traducir y editar, no sólo pensar, escribir y publicar. Tras haber dedicado unos años a los estudios de innovación, acepto que, como mínimo, hay cuatro tipos de innovación: de producto, de proceso, de organización y de comunicación. Pues bien, aplicada esta teoría de la innovación a la filosofía, cabe distinguir entre las innovaciones conceptuales, las metodológicas, las organizativas y las innovaciones comunicativas. La invención de la imprenta supuso un nuevo modo de hacer y comunicar la filosofía. Otro tanto sucedió con la radio, la televisión e Internet. El hacer filosófico no está restringido a las aulas, contrariamente a lo que piensan los escolarizadores de la filosofía. Como suele decir Víctor Gómez Pin: no hay duda de que Marcel Proust fue un gran filósofo. Y lo fue porque fue un gran innovador literario. Otro tanto pienso yo de varios matemáticos y científicos, puesto que gracias a sus obras he conseguido hacer *filosofía de* (la matemática, la ciencia, etc.). Hay varias vías para hacer filosofía, y también para proponer y construir nuevas formas de magisterio filosófico. Algunas pueden estar encarnadas en personas concretas. Es el caso de varios filósofos muertos, como he comentado. Pero no tiene por qué ser así necesariamente. Un matemático, un pintor, un músico, un cosmólogo y un ingeniero pueden hacer filosofía magistralmente, sobre todo si son capaces de aportar proponer nuevas y relevantes cuestiones filosóficas, o de retomar temas clásicos de una manera innovadora. Fue el caso de Cantor con las nociones de infinito y continuo.

Concluyo: lo peor que le puede ocurrir a la filosofía es su gremialización. No hace falta ser licenciado en filosofía para ser filósofo. No hace falta ir a clase para aprender filosofía. Hagamos filosofía fuera de las aulas, practicando la discolástica.

Javier Echeverría, 13 de diciembre de 2021

Bibliografía citada:

- Benlloch, E. y Tejedor, C., *Filosofía*. Madrid, S.M., 1963.
- Echeverría, J.: "¡Muera la muerte!", en Lázaro, José (ed.), *Encuentros con ¿Agustín García Calvo?* Madrid, Triacastela, 2013, pp. 111-115.
- *La idea de principio en Leibniz y la evolución de la teoría deductiva. Del optimismo en Leibniz*, Ortega y Gasset, José (edición de Javier Echeverría), Madrid, Editorial Consejo Superior de Investigaciones Científicas y Fundación Ortega y Gasset-Gregorio Marañón, 2021, segunda edición corregida, 745 pp.